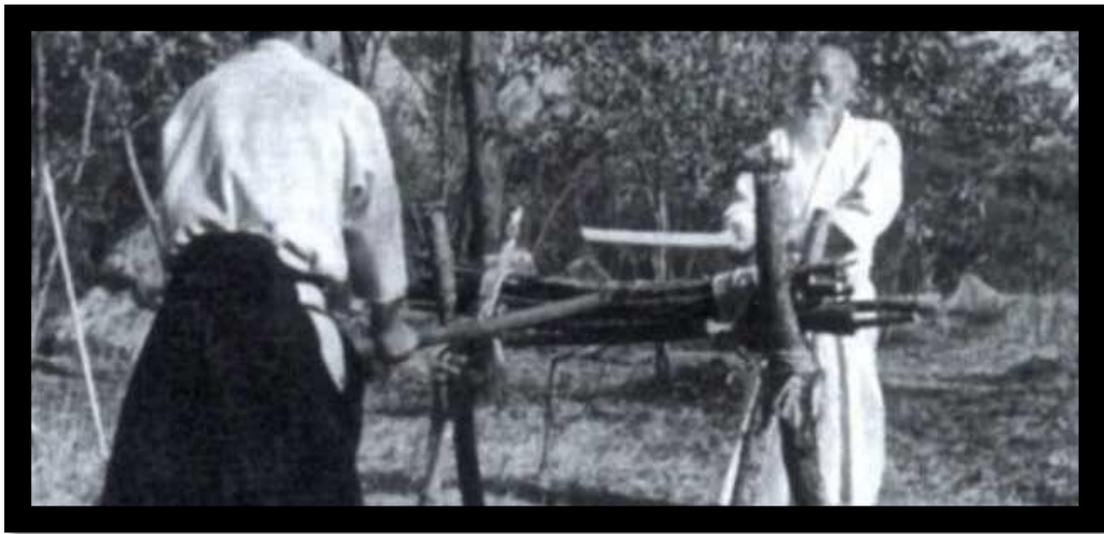


El tiempo del simulacro



Pedro Martín González

Kernshinkan dôjô 2019

Dos amigos habían viajado a un país centroamericano para disfrutar de unas semanas de vacaciones. Uno de ellos era profesor de Aikido, un Arte Marcial que había estudiado durante muchos años, asistiendo a multitud de seminarios y viajando, incluso, a Japón, donde había participado en las clases del *Aikikai Hombu dôjô*, la sede mundial del Aikidô, situada en la ciudad de Tokyo. Este *budoka* era un hombre profundamente espiritual, aunque muy reservado y poco locuaz transmitiendo sus experiencias.

Su compañero de aventuras era el polo opuesto: tremendamente perspicaz, inteligente, rápido de reflejos y con una facilidad espectacular para conectar con las personas. Su interés no tenía límites. Habiendo visitado, también, la cuna del Budô, entendía perfectamente la dinámica de un *keikô*, coyuntura que, sumada a una innata psicología, desarrollada desde la infancia y fortalecida con la experiencia de una vida intensa, podía convertirlo, llegado el momento, en un profesor erudito, salvo por un detalle que no resultaba menor: nunca había practicado un Arte Marcial.

Durante su estancia en Costa Rica se presentó la oportunidad de realizar un seminario, y no pudiendo negarse ante el ofrecimiento que les hacía un grupo de entusiastas locales, aceptaron, pero con una condición inexcusable: tendrían que ser ambos los encargados de dirigirlo.

Así se hizo. Pasados unos días, convocados los alumnos y establecidos los horarios, el encuentro tomaría forma. Serían dos días de trabajo en los que desarrollarían los principios fundamentales de esta forma de *Budô*, una iniciativa que pretendía, además, ser el embrión de un futuro grupo estable en aquel rincón del Caribe.

Me pareció una idea interesante cuando comencé a escucharla, así que me dispuse a callar y no interrumpir hasta que, finalmente, concluyera la detallada narración de la experiencia.

Los episodios preliminares iban sucediéndose uno tras otro hasta que llegó el momento de detallar la organización del seminario de *Aikidô*. Para mi sorpresa, quien relataba la anécdota –el extrovertido y neófito- había ejercido de maestro, mientras que el experimentado –y menos locuaz- había hecho las veces de alumno demostrador. El tándem funcionó, porque la locuacidad del primero había sabido captar el interés de los alumnos, mientras que las correctas ejecuciones del segundo complementaron, triunfalmente, los dos días de estudio y práctica pactados con el grupo.

Me acordé de una entrevista que sostuvo un periodista de la televisión francesa con Jean Baudrillard, renombrado filósofo, profesor y crítico cultural en la que, aquel agudo intelectual, acuñó una frase demoledora que atravesó, como un dardo, la conversación.

No se trataba de una sentencia más -una de esas ideas inalcanzables que proponen los intelectuales y que parecen ser más un juego de palabras que un razonamiento útil en el que establecer y apoyar nuestra realidad- no, aquello era algo que todos

habíamos comprobado por nosotros mismos, y no una vez, sino muchas, si con atrevimiento analizábamos nuestro comportamiento diario.

- *“Lo que está en juego en nuestro tiempo no es la pérdida de valores, sino el principio de realidad”.*

Afirmaba quien se había convertido en uno de los pensadores franceses más influyentes del pasado siglo.

Decía Baudrillard que este es un tiempo en el que un hombre puede creer haber vivido su vida con total libertad, pero que existe una fatal probabilidad que negaría tal percepción: haberlo hecho desde una perspectiva equivocada por fundamentar su juicio, quizá, en la opinión de unos medios de comunicación partidistas o, tal vez, en una tecnología basada en lo instantáneo.

- *“Este es el tiempo del simulacro”.*

Concluía quien nos alertó de la llegada de la *“Era de Matrix”*.

Llegados a este punto la única posibilidad de vivir la realidad que perseguimos es, sin lugar a dudas: la Experiencia.

¿Ha llegado también al *Budô* el tiempo de simulacro?

Sí.

Nos hemos alejado del principio de realidad. Ahora triunfan, sobremanera: la inmediatez, el peso de la imagen, la voluntad quebradiza, un ocio solo productivo, el imparable mercadeo, la rentabilidad exacerbada o la expansión ilimitada, unas resultantes que han volatilizado aquello que antes se expresó a través de formas lógicas, pragmáticas, tangibles, reales, cotidianas, familiares: cadencia del tiempo, fondo frente a forma, tenacidad sostenida, ocio inteligente y creativo, protección de lo sagrado, intercambio y reciprocidad, reconocimiento del verdadero mérito, etcétera.

Sí.

Los viejos maestros han dejado de ser icónicos y su lugar lo ocupan hoy equipos de jóvenes que compiten en un *Grand Prix* con escalas internacionales; las efímeras medallas de latón rivalizan con el peso de unas artes centenarias; se dominan circuitos aeróbicos y anaeróbicos, pero ya no se escucha el *gorei* que marcan los viejos *taikos*; se grita con estridencia, pero se abomina del estado de *Mu*; lo inmediato resulta obsoleto al instante siguiente, no obstante, ya nadie mide desde lo hondo; un conocimiento robotizado, automatizado y acumulativo ocupa el lugar de la espontánea sabiduría; sin escrúpulos, a la luz del neón indiscreto, el misterio se compra y se vende; la cantidad es el baremo a través del cual se obtiene el reconocimiento; la vieja socialización se ha transformado en individualidad; el ocio inteligente ha derivado en una permanente productividad; la ilusión no es la pura práctica, sino sus resultados.

Decía Baudrillard que existía una única solución para tan lamentable panorama, una postura que no cambiará las cosas, una estrategia imposible pero, al menos, asumible desde la perspectiva de la razón y de la lógica: la desinformación, la desprogramación, el jaque a la perfección.

Cuando finalmente concluyó la narración de su aventura costarricense, pregunté a quien había ejercido como profesor de *Aikidô* cómo era posible que él, que nunca antes había experimentado el *Budô*, pudiera haber transmitido algo esencial a los alumnos asistentes, más allá de explicarles recorridos, mecánicas o arquitecturas técnicas.

- *"No buscaban nada esencial"*.

Me contestó.

- *"Solo querían aprender un programa para ponerlo en práctica en nuestra ausencia. Deseaban enseñar, también ellos, Aikidô. Eso era todo"*.

Concluyó airado.

Pensé que sí, que esa cadena de transmisión estaba ya en movimiento y que el *"tiempo de Matrix"*, ese *"tiempo del simulacro"*, estaba ya aquí, formando parte del *Budô* que tanto hemos amado.

Kenshinkan dôjô 2019